

I. “LOS BUENOS, LOS MALOS Y LOS GRODDECK”.

No se adaptaba a ningún patrón. Cuando solicitó su ingreso en una sociedad psicoanalítica, le escribió tímidamente a Freud: “Quizás no encajo del todo en esto”. Tenía razón, aunque trataba de portarse bien, y añadía, sólo hasta cierto punto en broma: “Es fácil llevarse conmigo.”

Desde el día de su nacimiento, había visto que el mundo no estaba preparado para recibirlo. Cuando nació, el 13 de octubre de 1866, varios días antes de la fecha esperada, la nodriza estaba ocupada en otra parte, y no había leche. Caroline Groddeck había amamantado sólo a su primer hijo, Karl, y Georg era el quinto. Había tres niños y una frágil niñita de quince meses antes que él.

El recién llegado era feo, con orejas cómicamente grandes. Ni siquiera quedaba un nombre de familia que darle. Se decidió que se llamaría como George Marchand, amigo de su padre, y al punto le adjudicaron el apodo de Marchand, “Pat”.

Pasó sus primeros días muriéndose de hambre. Dos veces al día una nodriza llegaba apresuradamente y le ofrecía su pecho por unos minutos. El niño gritaba, pero no había nada más que hacer.

“Tener que pasar hambre no es una bienvenida amable para un recién nacido”, decía Georg Groddeck de sus primeros días, pero pensaba que, en comparación con otros niños hambrientos, le había ido bien.

Después llegó Bertha, gorda y cariñosa. Bertha se quedó en la casa tres años, de modo que aunque al comienzo el niño fue endeble, pronto se fortaleció y se aficionó a lo que lo rodeaba.

Era el menor, pero no gozaba de una posición privilegiada en la familia. Esa posición le correspondía a su hermana, Lina. A los dos años, “Pat” era casi tan grande como Lina y más fuerte que ella. Podía ganarle en los juegos, pero no se le permitía pegarle, ni molestarla, ni hacerle llorar. La razón, que le dieron muchas veces, como algo lógico y evidente, era sencilla: Lina estaba enferma. Así, desde muy niño comprendió el sorprendente poder de la enfermedad. Lina no necesitaba fuerza ni ingenio. Recibía lo que deseaba por el simple expediente de estar enferma. ¡Maravilloso! Decidió probarlo en cuanto tuviera una oportunidad.

Una noche, Caroline Groddeck se llevó con ella a sus dos hijos menores a una reunión. Los niños fueron acostados en un cuarto que estaba al lado de donde se encontraban los mayores. “No sé cómo se me ocurrió la idea de que cuanto mayor fuera el número de testigos, más impresionante sería una enfermedad”, recordó más tarde Groddeck, “pero, de cualquier manera, se me ocurrió hacer un dueto de toses con mi hermana, con la esperanza de asegurar para los dos un día libre de la escuela”. Los resultados fueron satisfactorios. La reunión terminó temprano, y hermano y hermana se quedaron en casa todo el día siguiente.

La lección quedó aprendida para siempre: la debilidad era la fuerza. La enfermedad era un arma poderosa.

No tuvo el mismo éxito ante sus hermanos. Por el contrario, siendo el más chico, llevaba la peor parte en sus juegos. Era su objeto favorito de burla, el nene que pronunciaba mal las palabras, que repetía mal, que no entendía y que cometía toda clase de errores ridículos.

Sus errores eran narrados a la hora de la comida, sus tonterías recordadas, su ignorancia era objeto de burla. Había, por supuesto, una defensa contra todo eso. Se volvió precavido y silencioso. Hablaba libremente sólo cuando estaba a solas con Lina. Compartía una alcoba con ella y podía confiarse en que la trataría con consideración. Aun al criticar a su hermana, era amable. Un día observó, preocupado, cómo esta cubría a su muñeca con varias colchas; trató de detenerla, y por último gritó: “¡Está bien, pero ya verás cómo se ahoga!”

Fue esa exclamación escuchada por el Dr. Karl Groddeck, que contemplaba la pequeña escena, la que lo decidió. ¡Un niño de tres años que demostraba entender los procesos causa y efecto! El niño debía ser médico. La medicina no era para Karl, el mayor, aunque era inteligente. Había heredado el amor de su madre por la literatura, tenía que hacer algo con las palabras; además, tenía un defecto físico, quizás una ligera epilepsia, con ataques en los cuales se desmayaba. Tampoco podía imaginar el padre al hijo segundo, Hans, como médico. En cuanto a Wolf... no. Pero “Pat” debía ser médico, no había ninguna duda. Y cuando el padre le preguntó a su hijo si pensaba que le gustaría ser médico, el niño comprendió que la pregunta era un elogio y contestó que sí, con entusiasmo. Estaba decidido.

Su madre no se sintió complacida ni desencantada. Para ella, la práctica de la medicina era apenas mejor que un oficio, que requería quizás un poquito más de destreza que la carpintería. La literatura sí valía la pena. Su padre había sido un intelectual, el primer historiador de la literatura alemana y su nombre, Augusto Koberstein, era conocido por cualquier persona culta. La biblioteca de Koberstein era la posesión más valiosa de la escuela de niños de Pforte, a la que había honrado con su presencia durante más de cincuenta años. Había conocido personalmente a todos los poetas famosos de su tiempo y había sido el jefe reconocido de la sociedad literaria llamada, en honor del poeta del siglo XII, *Vogelweide*. Para Caroline eso era lo que valía la pena.

Con frecuencia hablaba a sus hijos de su abuelo, que había muerto antes que “Pat” pudiera conocerlo. Un hombre ilustrado, decía, un verdadero aventurero del espíritu. Su biblioteca, adquirida a lo largo de toda una vida, contenía algunos de los libros más raros en existencia. Un libro de Koberstein era tan valioso que un hombre había cometido un crimen para obtenerlo y había sido apresado y ahorcado. “Pat” se sintió desencantado al enterarse de que el abuelo Koberstein había adquirido el libro sin derramamiento de sangre, simplemente en una subasta.

Koberstein había muerto hacía años, el doble de la extensión de la vida de “Pat”, y Caroline seguía vestida de negro. Karl Groddeck odiaba el negro. En el cumpleaños de Caroline, el padre y los hijos conspiraron para poner fin al uso eterno del luto. Karl compró un vestido de color rojizo-café, ni sombrío ni alegre, y dio dinero a los muchachos para que compraran seda para adornar el vestido. Lo envolvieron y se lo dieron a Caroline como regalo. Ella nunca se puso el vestido. Siguió vestida de luto por todo el resto de su vida.

Aun entonces, de niño, “Pat” comprendía que existía una distancia insalvable entre sus padres. Caroline no veía nada valioso en el éxito de Karl como médico. Su facultad para llevarse bien con toda clase de gente, su don para la amistad, su desenvoltura, todo esto significa para ella algo ordinario. Tenía demasiado buen carácter, exigía demasiado poco de las personas, no discriminaba lo suficiente. Su única realización laudable, en opinión de su esposa, había sido su tesis de grado. Titulada *de morbo democratico-nova insaniae forma*, se decía que había influido sobre Nietzsche.

En 1930, Georg Groddeck respondió a una carta donde lo interrogaban acerca de su padre y Nietzsche. Escribió al profesor Vaihinger:

De 1856 a 1883 mi padre tuvo un balneario de aguas termales en Kösen. En los años setenta, su casa fue el centro intelectual de muchos que venían de lejos y de cerca. Entre otros grupos, la sociedad literaria alemana (la *Vogelweide*) se reunía allí bajo la dirección de Koberstein, mi abuelo materno. Krossen, famosa autoridad en cuestiones etruscas, que veía mucho a Nietzsche en Naumburgo, era un huésped diario en casa de mis padres. Considero probable que Nietzsche conociera a mi padre o que, por lo menos, oyera mencionar con frecuencia el título de la disertación a la que nos referimos, y si conoció personalmente a mi padre, debió de producirle una fuerte impresión. Mi padre tenía algo que darle a todos los que lo conocían. Nietzsche debió de conocer también a mi madre en 1859 o 1860, ya que por entonces vivió ella todo un año en Pforte. Mi madre era la típica hija de un hombre célebre, y poseía todos los conocimientos de su tiempo.

Caroline y Karl se habían conocido cuando él era estudiante en Pforte. Cuando Karl se enfermó, de alguna afección del corazón, fue tratado durante varios meses en casa de Koberstein. Durante esa enfermedad, los jóvenes se comprometieron. La madre de Caroline era la que se ocupaba del paciente y el joven cobró mucho apego a la señora. La hija nunca hablaba de su madre con la admiración con que lo hacía de su padre. Su madre era una mujer totalmente común y corriente, con algo de la facilidad que tenía Karl para atraer a la gente. A Caroline esto le parecía una dudosa distinción, si no un defecto. Pero independientemente de lo que Frau Koberstein pareciera a su hija, era para los demás una persona notable. Había muerto hacía cincuenta años cuando Elisabeth Forster-Nietzsche y Gersdorff, el amigo de Nietzsche, pasaron toda una noche hablando de ella.

Karl trataba de comportarse como si la medicina significara sólo una manera de vivir para él. Convirtió a su casa en Bad Kösen, a donde había trasladado su consultorio para estar cerca de los padres de Caroline, en un centro literario; renunció a sus antiguos amigos, inclusive a Lessing, el sobrino-nieto del dramaturgo; en resumen, trató de complacer a su esposa en todas las formas posibles.

“Creo que intentó honradamente convertirse en un Koberstein”, escribió más tarde su hijo. “Buscó la compañía de los padres de su mujer y trató de adoptar su visión de la vida, pero no fue posible. Era demasiado solitario, demasiado fuerte...”. Para su hijo menor, Karl era el hombre más fuerte y más sabio del mundo. Era un padre severo aunque afectuoso, y sus hijos lo adoraban. Pero nunca encontró un papel en el que su esposa lo aceptara. No era lo bastante bueno para ella, aunque su familia tenía buena posición y era de origen elevado. Su padre había sido alcalde de la ciudad libre de Danzig y después presidente del Parlamento. En realidad, los Groddeck, que también tenían su orgullo, consideraban que Karl se había casado por debajo de su posición.

Años después, Georg Groddeck escribió: “Para los Groddeck había tres clases de gente: la gente buena, la gente mala y los Groddeck.” Consideraba que no tenían muchas razones para sentirse superiores, salvo el hecho de que no eran estúpidos.

Para el hijo, la personalidad del padre fue inolvidable. “Mi padre tenía algo que darle a todos los que conocía”, escribió a Vaihinger. Pero no a Caroline. Y el hijo decía con pena, refiriéndose a los esfuerzos de su padre por convertirse en un Koberstein: “Al mirar hacia atrás, comprendo que ésa fue la fuente de todas las fricciones que amenazaron su vida matrimonial.”

Los dos estaban en desacuerdo acerca de casi todo. Karl se abstenía de hacer críticas durante largo tiempo y después estallaba en una ira repentina. Cuando Caroline le dejó crecer el pelo a su hijo, lo vistió con vestiditos almidonados y lo mandó a una *Mädchenschule* con su hermana, no dijo nada. Hasta un día, en que fue como si de repente hubiera visto al niño y se hubiera dado cuenta de lo que estaba sucediendo. Entonces le cortaron el pelo, le cambiaron los vestidos por ropa de niño y dejó de ir a la escuela de niñas.

I. “Los buenos, los malos y los Groddeck”, pp. 15-19, EL PSICOANALISTA PROFANO. Vida y obra de Georg Groddeck, Carl M Grossman y Sylva Grossman, 1ª Edición en español, 1967, Biblioteca de Psicología y Psicoanálisis, Editorial Fondo de Cultura Económica, México

Volver a publicaciones de y sobre Georg Groddeck
Volver a News 5-ex-59